

## EL GOLPE

Noche oscura, como boca de lobo. Aún así decidió salir. Las farolas daban una luz apagada, mortecina. Llovía una lluvia fina y constante. Tenía hambre. Estaba sucia, más sucia que de costumbre. Se movía con dificultad. Vivía en la calle y estaba acostumbrada a no comer, a comer miserias, a robar comida. “El hambre agudiza el ingenio” se dijo. “Valiente chorrada” añadió. El hambre embota, debilita, ofusca. No te deja ver. Caminó despacio. Comida. Otro sitio para guarecerse. Vio una sombra a la derecha. “Otra como yo” se dijo. “Salimos a la misma hora” se dijo. Se trata de sobrevivir. Una rueda de un camión pasó a menos de un centímetro. No alteró su recorrido. “No me ha visto” se dijo. “Los seres como yo nos volvemos invisibles”. Subió a la acera. Vio un portal con una verja rota. Estaba abierto. Le dolieron el hambre y el frío. “Nada que perder” se dijo.

Entró en el portal. Se acercó a la escalera. Subió los escalones. Uno, dos, tres. Así hasta veinte. Encontró abierta la puerta del 1ª A. No lo dudó y entró en la casa. Atravesó el recibidor, corrió por el pasillo, llegó a la cocina. “Algo que comer” se dijo. Se lo dijo varias veces, para darse valor. Se agazapó en una esquina, quieta, esperando. Al cabo de unos segundos una mujer gruesa, en bata de moaré y rulos en la cabeza entró en la cocina. Se sobresaltó. Se movió sin querer. El miedo la sacudía por dentro. Se olvidó del hambre y del frío. Sintió el peligro al tiempo que el grito. Un grito agudo, chillón, desgarrado que debió despertar a todos los vecinos. La mujer gritaba sin parar, como una posesa.

Echó a correr. De la cocina, al salón. Se escondió tras un sillón. La mujer la perseguía. Llevaba algo en una mano, algo puntiagudo, afilado. La buscó, la descubrió. Se plantó frente a ella. La amenazaba con un zapato de largo y fino tacón, agudo como un estilete. Corrió de nuevo. Se protegió tras el aparador. Esquivó un zapatazo. Corrió hacia el pasillo, entró en una habitación, se metió en un armario.

Olía a alcanfor y a humedad. Tocó la manga de una chaqueta. Una franela suave, firme, acogedora. Entonces sintió el primer golpe. Sin duda se había equivocado de día, de portal, de piso. Cayó al suelo aturdida. Se levantó y siguió corriendo. Cuanto más acorralada se sentía más rápido corría. Huía aterrada buscando un refugio. Llegó al cuarto de baño. Se ocultó tras el lavabo, jadeante, agotada. El golpe había dañado una parte sensible de su cuerpo. Se creyó en lugar seguro, con la luz apagada era muy difícil verla. De pronto la luz se encendió. Un grito estremecedor volvió a anunciarle la caza. Saltó al lavabo. Vio el desagüe como un túnel de salvación. No lo pensó: se metió en el sumidero. Soñaba con escapar y descansar.

Un chorro de agua helada la alcanzó con violencia. Se ahogaba, Sacó fuerzas de flaqueza, nadó a contracorriente y salió otra vez al lavabo. Una vez allí se sabía un blanco fácil. Intentó saltar para abrirse un nuevo camino, para continuar la huída. “Cuanto trabajo” se dijo “solo por existir, por seguir viva”.

Un golpe seco y certero aplastó su cuerpo al tiempo que la mujer lanzaba un grito de victoria. La había destripado, convirtiéndola en un amasijo de queratina y conglomerado orgánico.

Dña. Josefa fue a por el cepillo. Suspiró. La recogió maldiciéndola. Luego levantó la tapa del cupo y la arrojó dentro con expresión de asco.

Carmen Cervera